

Territorio, Cuerpo y Deseo

Juan Felipe Arroyave Gómez^{1*}

“Los anillos de las serpientes son aún más complicados que los orificios de una madriguera de topo”

Gillez Deleuze. “Post-escriptum: Sobre las sociedades de control”

Resumen

El presente artículo plantea una reflexión que pone de relieve aspectos conceptuales de importancia, cernidos en los textos de Michel Foucault que hacen recensión de su enseñanza a propósito del biopoder y la biopolítica. Desde aquí se desarrollan aspectos concernientes a la ciudad, territorio y emplazamiento de la de la sociedad de mercado; al cuerpo, lugar en el que operan las disciplinas, los saberes y la biopolítica (matriz del *homo œconomicus*); y al deseo, voluntad constante que pretende ser gobernada a través del cálculo de intereses poblacionales, pero que, paradójicamente, presenta los actos que corroboran la imposibilidad de concretar esa gubernamentalidad.

Palabras clave: territorio, ciudad, circulación, cuerpo, disciplina, seguridad, deseo, liberalismo, neoliberalismo, *homo œconomicus*

Abstract

This article proposes a reflection that emphasizes conceptual issues of importance, sifted in the texts of Michel Foucault that make review of their

^{1*} Licenciado en Historia y Filosofía de la Universidad de Antioquia y Magíster en Ciencias Sociales de la misma universidad. Se desempeña como docente de cátedra en la Facultad de Ciencias Sociales, en el Programa de Psicología, perteneciente a la Institución Universitaria de Envigado. Correo: juanfelipearoz@gmail.com

teaching on the subject of biopower and biopolitics. From here develops some issues concerning the city, territory and location of market society; the body, where disciplines, knowledge and biopolitics operate (matrix of homo economicus), and desire, constant will which pretends to be governed by calculating the interest of the population, but, paradoxically, introduced the acts that corroborate the inability to realize such governmentality.

Key words: territory, city, movement, body, discipline, safety, desire, liberalism, neoliberalism, homo economicus

1. Introducción

«*Hacer morir o dejar vivir*», la máxima clásica del derecho de soberanía, será complementada, arropada, copada, por un nuevo planteamiento, por un nuevo derecho que es su revés, se trata de aquel que reza: «*hacer vivir y dejar morir*», la otra consigna que recoge el proceso de constitución de todo un dispositivo de poder, cuya complejidad y centro residirán en el Estado, en su forma moderna y contemporánea. Se trata entonces del momento en que lo biológico será articulado por lo político en la configuración del Estado mismo y en las acciones de gobierno sobre la población gobernada. Se trata entonces, del punto de arranque de una forma específica del ejercicio del poder como constante de las relaciones sociales: el biopoder¹. Esta inquietud, emergida en la obra de Michel Foucault hacia 1976, en el marco del seminario “Defender la sociedad” y de la publicación del primer volumen de “La historia de la sexualidad: la Voluntad de Saber”, se retoma y se desarrolla en gran medida en el seminario del ciclo lectivo establecido entre los años 1977 y 1979, conformado por dos momentos: el primero realizado y publicado

1 Al respecto Michel Foucault nos presenta una definición con la cual se permite empalmar el estudio que ya trae desde antes. La definición es la que sigue: “[...] biopoder... una serie de fenómenos [...] a saber: el conjunto de mecanismos por medio de los cuales aquello que, en la especie humana, constituye sus rasgos biológicos fundamentales podrá ser parte de una política, una estrategia política, una estrategia general de poder; en otras palabras, cómo, a partir del siglo XVIII, la sociedad, las sociedades occidentales modernas, tomaron en cuenta el hecho biológico fundamental de que el hombre constituye una especie humana” (Foucault, 2006, p. 15)

bajo la denominación “Seguridad, territorio, población”, y el segundo, titulado “Nacimiento de la biopolítica”.

Desde esta perspectiva, los planteamientos y las reflexiones esbozadas a continuación, se proponen como instancia de una síntesis en la forma y el sentido que se adopta cuando se imparte una lección, es decir, como una guía y un derrotero; como la instrucción y el llamado a tener presente el valor, la significación y el fundamento de lo planteado por quien, en este caso, es maestro necesario e imprescindible, en tiempos que urgen un pensar que rebase aquellas imposturas enseñoreadas sobre las posibilidades y las exigencias que se enfrentan y ante la disyuntiva, por un lado, de construir un mundo diferente y, de pronto, de aventurar un mundo nuevo; o, por otro lado, de continuar en el eterno retorno de las mismas formas de poder, de saber y de verdad que simplemente canalizan y metamorfosean la constante de un tipo específico de dominación, de conocimiento, de alienación.

El ejercicio presente se propone como una reflexión cuya perspectiva apunta a una preocupación esencial: el problema del combate de las memorias o de la memoria de los combates. El problema en sí de los saberes que someten, que encauzan y envuelven, que prescriben e incitan, frente a los saberes que son sometidos, emboscados, normalizados, incitados a decir de sí a manera de confesión. La preocupación de fondo radica en la dinámica y la dialéctica del enfrentamiento de saberes y su lugar en las tácticas y las estrategias de las relaciones sociales a todo nivel, en la medida en que allí donde se cree ser lo que se es o se piensa, se ha situado un discurso que previamente dirige esa convicción. Que allí donde se despliegan los deseos o las pulsiones, los goces y las necesidades, tácitamente se ha montado una verdad cuyo movimiento subrepticio ya ha pensado un tipo de sujeto, nombrándolo, trazándolo, articulándolo a la directriz de lo normativo. Al parecer, no hay, en últimas, escapatoria, casi que sería como intentar desmontar al lenguaje mismo como instancia fundamental del ser. Sin embargo, la inquietud que es preciso abordar desde aquí, no es más que la inquietud por un

tipo de identidad basada en la certeza incierta, desde una perspectiva genealógica de la historia, que enseña a ser lo que se es o no se es, desde un pasado no conocido o diseminado en el olvido, en un presente ligero y efímero y hacia un futuro inexistente o avizorado en el paisaje impreciso de lo evanescente.

Se trata de una inquietud por la identidad que intenta, desde una jovialidad discípula de la trágica y dionisiaca risa del “Viajero y su sombra” (Nietzsche), confrontar esa verdad hecha desde un saber cuyo poder se empeña en mantener una poda sobre las alas más poéticas y sublimes del animal humano: aquellas que ligan eróticamente el sentir y el pensar, la sensibilidad y la razón.

Esta confrontación y este combate, que es permanente, es posible hacerlo en y desde el lenguaje, la historia, la filosofía, la ciencia, la poesía, el arte, en fin, apoyándose en el baluarte de la cultura, siempre y cuando se haga acto allí donde se ligue a la impronta de nuestra esencia animal, del vínculo real con el humus del que provenimos y hacia el que indefectiblemente retornaremos. Esta batalla, ubicada desde la memoria, que incluso es simple y cotidiana, rescata la instancia de una palabra y de un saber de sí, establecido en el correlato de la construcción colectiva e individual de las narrativas, de aquello amable u ominoso de lo que se puede ser y hacer.

De tal manera que aquí, se presentan tres instancias cuyos significantes remiten al sentido de una síntesis que pretende ubicar algunos puntos referenciales a partir de lo propuesto por Michel Foucault, situados en los dos textos de referencia, en la medida en que el entramado teórico y la apuesta metodológica allí consignada, abren una muy amplia perspectiva de abordajes, a un cúmulo de asuntos de suma vigencia, propiciando una lectura del mundo actual y de nuestra historia. Se trata, en una primera instancia, del territorio, como un espacio destinado a la circulación de una libertad controlada; en una segunda, del cuerpo, como esfera íntima y objeto social de constitución del sujeto moderno

occidental; y en una tercera, del deseo, instancia de la subjetividad por excelencia desde donde emanan más inquietudes que certezas.

2. El Territorio; de la soberanía territorial al control espacial.

“[...] ¿Sabe usted que es el capital? Usted cree que el capital es algo que alguien posee, ¿no es cierto? [...] Pero se equivocan. El capital consiste en controlar cosas. En controlarlas [...] Están ustedes practicando el capitalismo del futuro, y ni siquiera se han dado cuenta [...]”

Tom Wolfe. La hoguera de las vanidades

Al hablar del territorio nos remitimos a una espacialidad, a un terreno, a una esfera de acción cuyo circuito comprende una jurisdicción. El territorio es un terreno de despliegue demarcado de manera precisa por una traza determinada, por una frontera. Es uno de los vértices o puntos referenciales que nos permiten ubicar la emergencia de un tipo específico de sociedad y del gobierno que es su correlato: se trata de la Sociedad Occidental Moderna y del tipo de Estado que ejerce gobierno sobre ella.

Desde esta perspectiva, la territorialidad pasará de emplazarse a partir de las narrativas y los hitos que cantan a la genealogía de un poder soberano cuyo impulso guerrero supuso la toma y la dominación de diversas zonas o espacios y de los súbditos que los incluían, quienes a su vez, juraban obediencia; a convertirse en una variable y en un objeto de estudio y planeación. Así, Foucault (2006) nos propone este paso al mencionar y ubicar las diferentes aplicaciones de la soberanía, la disciplina y la seguridad a un espacio determinado. Tomará como caso ejemplar el de la ciudad europea en los siglos XVII y XVIII que, en primer lugar, posee especificidad jurídica y administrativa con respecto a las demás extensiones o espacios geográficos. Y en segundo lugar, sitúa a esa ciudad en el ámbito de una transformación que la lleva de emplazamiento amurallado y protector de las amenazas externas, a

un espacio abierto y efectivamente distribuido, de tal manera que “en términos generales la cuestión pasa por ese desenclave espacial, jurídico, administrativo y económico de la ciudad, de eso se trata en el siglo XVIII: resituar la ciudad en un espacio de circulación.”(Foucault, 2006. p. 29)

Entonces, el territorio es la ciudad. Es el espacio por excelencia de una modernidad articulada a toda una estrategia de saber y a las tácticas de poder que se centran en la reflexión por las relaciones entre soberanía y territorio, como base de comprensión de la esencia y la función de la ciudad en tanto centro y dispositivo en el que se producen otras relaciones: económicas, políticas y sociales. De esta manera, Foucault, nos presenta una serie de ejemplos en cuanto a la planeación, el diseño y la puesta en marcha de grandes acciones en función de transformar al enclave urbano encerrado, en un espacio geoméricamente abierto y dispuesto racionalmente a la circulación de las multiplicidades. Se trata, desde entonces, de un poder emanado del gobierno; de un biopoder, como soberano, preocupado por pensar la arquitectura de los espacios por donde discurren los habitantes del territorio gobernado. Se trata también y, de manera fundamental, por dar sentido y consistencia al tema de más preocupación por parte del biopoder ya en ejercicio: la seguridad. La ciudad y su territorialidad son percibidas desde entonces como una artificialidad por fabricar, como un dispositivo material de movilidad, residencia, encuentro, producción y flujo de objetos, de cosas, de personas. Por ello, cada gobierno establecerá planes y planeaciones en cuanto al ordenamiento del espacio urbano, ligados a la noción de desarrollo. Desde este punto, vale presentar lo que nos propone Foucault:

[...] así como la soberanía capitaliza un territorio y plantea el gran problema de la sede del gobierno, y así como la disciplina arquitectura un espacio y se plantea como problema esencial de distribución jerárquica y funcional de los elementos, la seguridad tratará de acondicionar un medio en función de acontecimientos o de series de acontecimientos o elementos posibles, series que será preciso regularizar en un marco polivalente y transformable. El espacio propio de la seguridad remite entonces a una serie de

acontecimientos posibles, remite a lo temporal y lo aleatorio, a una temporalidad y una aleatoriedad que habrá que inscribir en un espacio dado. (2006, p. 40)

En este punto, podemos situar una noción y un problema conexo: la noción de medio y el problema técnico planteado por la ciudad. Frente a lo primero, se apunta a los asuntos de circulación de las causas y los efectos, se erige como un campo de intervención en el que se busca afectar no a los individuos como conjunto de sujetos de derecho y de acciones voluntarias, sino a una población como correlato inverso. Frente a lo segundo, se planteará un problema de índole compleja, y es el hecho de que irrumpa el asunto de la naturalidad de la especie humana dentro de un medio artificial.

Hasta aquí queda esbozado un elemento ligado al proceso de configuración y articulación de los dispositivos de seguridad que permitirán dar concreción a la relación entre territorio y medio, en cuyo contexto tendremos los ordenamientos urbanos establecidos desde el siglo XVIII y que adicionan a la figura del soberano, la faz de un arquitecto del espacio y de un regulador del medio, porque ¿qué es lo que se hace en el medio? Se establecen dos acciones: de un lado, se fijan límites y fronteras, se determinan emplazamientos; de otro lado, se permite, se garantiza y se aseguran diferentes tipos de circulación, de gente, de mercancías, de producción, etc. Es así como el poder soberano, ocupado ya no solamente en mantener un estado de dominación y de obediencia hacia y desde los súbditos, se centrará en la preocupación por la vida de estos, por su organización, distribución y movilidad; por su salud, sus comportamientos, sus conductas, sus transacciones a todo nivel.

El poder soberano, ahora como biopoder, se enfrenta al cúmulo de los acontecimientos que directamente afectaran a dos sujetos que emergen en el escenario ahora dispuesto, en la territorialidad emplazada para ello: se trata de la población y del llamado *homo oeconomicus*. La primera, se presenta como factor medible, cuantificable, homogéneo

y, por lo tanto, susceptible de ser gobernada en función de las políticas agenciadas desde el Estado. El segundo, emerge como sujeto propio del campo de los intercambios y de los intereses; dinamizador de los juegos de la distribución y de la acumulación; objeto de las estrategias de la abundancia y de la escasez, de la especulación y de la carestía; sujeto/objeto de un saber que se erige en el lugar desde donde se producen las verdades que determinaran en gran medida los equilibrios y las confrontaciones en el territorio; es producido como pensamiento y teoría por un saber, por lo tanto, se trata de la economía política.

Entonces, en el espacio urbano tenido como territorio en el que se escenifica la presencia esencial de los dos actores antes mencionados tenemos un correlato: el de las disciplinas frente al de la seguridad. Aquí lo que emerge para el biopoder, no son pueblos, ni historias individuales, ni el desgarramiento brutal de naturalezas desmesuradas, ni la potencia estética de artistas o poetas, ni el ardor guerrero y heroico de un trágico sino aristocrático. Tampoco el interés será tramitar o incitar acciones rituales y carnales en un banquete orgiástico con los pueblos gobernados, bien sea bajo la legitimidad de la genealogía o bien, bajo la legalidad armada de la dominación. No, aquí lo que emerge para el biopoder es el acontecimiento, los acontecimientos: la paz, el bienestar, la abundancia, la escasez, la salud, la enfermedad, la civilidad, la criminalidad. En este sentido, las disciplinas se plantearán como controles negativos, límites tajantes, discursos y acciones sobre el sujeto destinados a inhibir el deseo, a prohibir, a incitar la confesión de una culpa correlativa de un castigo. Por el contrario, la seguridad se establece como un tipo de control positivo, provisto de límites reguladores de la acción, como dispositivos que agencian una especie de canalización regulada de los deseos y un gobierno controlador de la satisfacción de necesidades. Del lado de las disciplinas, históricamente, presenciaremos el emplazamiento de las prácticas institucionalizadas. Del lado de la seguridad, seremos objeto de los diversos dispositivos y políticas empeñados en asegurarnos un disfrute de nuestros deseos

y una satisfacción de nuestras necesidades, pero con un cierto límite frente a lo que el biopoder determinará como nocivo o excesivo. A partir de este punto y, de manera precisa, Foucault nos remite a una de las nociones centrales de su reflexión, la de gubernamentalidad:

Con esta palabra, “gubernamentalidad”, aludo a tres cosas. Entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad. Segundo, por “gubernamentalidad” entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejo de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, (y por otro) el desarrollo de toda una serie de saberes. Por último, creo que habría que entender la “gubernamentalidad” como el proceso o, mejor, el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en Estado administrativo durante los siglos XV y XVI, se “gubernamentalizó” poco a poco” (2006, p. 136)

En este momento convergen y se relanzan las reflexiones a propósito del biopoder y de la biopolítica, de sus tácticas y de sus estrategias, de los saberes que les sirven de soporte y de las memorias que los confrontan. En este discurrir se establecerá todo un recorrido por un elemento esencial: la llamada “*Razón de Estado*”, que en esencia se presentará como una racionalidad innovadora, dinamizadora y productora del discurso político moderno y contemporáneo. Racionalidad que se ubica en el problema del ejercicio de una gubernamentalidad que traza las fronteras de su territorialidad: hacia el exterior del territorio, se emplazarán los dispositivos de la diplomacia militar y de los tratados económicos y políticos entre naciones. Hacia el interior del territorio, el dispositivo por excelencia de la política de control y de seguridad será

la policía. Ésta como discurso y pedagogía ciudadana, pero también como institucionalidad y ejercicio de una práctica inicial y básicamente destinada a garantizar el flujo de la producción económica. Luego, ¿qué implica una política interna en cuanto se erige como «*Estado de policía*»? Implica la articulación de toda una serie de objetivos ilimitados, en la medida en que para quienes gobiernan, el asunto de la policía tiene en cuenta la actividad de individuos y de grupos, los estamentos que conforman la sociedad, y la multiplicidad de sujetos y sus actividades hasta en los más íntimos detalles. Entonces:

“El objeto de la policía es un objeto casi infinito. Es decir que, en cuanto poder independiente frente a los otros poderes, quien gobierna según la razón de Estado tiene objetivos limitados. En cambio, cuando debe manejar un poder público que regula el comportamiento de los sujetos, el objetivo de quien gobierna es ilimitado. La competencia entre Estados es la bisagra entre esos objetivos ilimitados, pues justamente para poder entrar en competencia con los otros Estados, es decir, para mantenerse en una situación de equilibrio siempre desequilibrada, en un equilibrio competitivo con los demás Estados, el que gobierna va (a tener que reglamentar la vida de) sus súbditos, su actividad económica, su producción, el precio (al cual) van a vender las mercancías, el precio al cual van a comprarlas, etc.” (Foucault, 2008, p. 22, 23)

De tal manera que en cuanto a las relaciones internacionales la razón de Estado se verá limitada en contraposición con la capacidad ilimitada del Estado de policía hacia el interior del territorio. No obstante, el Estado, el ámbito gubernamental, desde el ejercicio de su razón encuentra los elementos de una autolimitación de su praxis: de un lado el Derecho y de otro lado, la Economía Política:

- En primer lugar, el Derecho parte del marco de una racionalidad emanada genealógicamente del discurrir de la soberanía y de los derechos propios de la raigambre de pueblos y pobladores, de los atributos otorgados por las luchas y la memoria de las mismas.

Además del cúmulo de saberes y discursos que han permitido erigir toda una filosofía de los derechos como connaturales a la especie. Desde aquí se avizora el complejo entramado jurídico que es funcional a un aspecto de la gubernamentalidad moderna y contemporánea.

- En segunda instancia, la Economía Política se forja en el marco de los objetivos trazados por la propia Razón de Estado, en la medida en que se orienta a la administración de las riquezas del Estado-Nación, de su crecimiento y de su desarrollo. Se propone como una objeción a los intereses del derecho que obstaculicen el monto de los objetivos del modelo de progreso en boga. La economía política se ocupa de las prácticas gubernamentales situadas en el mercado, no le interesa examinarlas en términos de derecho. Se ocupa de acontecimientos medibles y cuantificables, de cálculos de interés y de juegos de beneficio.

En este sentido, el territorio se presenta, por ejemplo, ya no como el enclave de arraigo de una grey, de una tribu, de un pueblo y de su gesta soberana al establecerlo y emplazarlo como espacio de poder ganado históricamente o heredado a unos ancestros. El territorio es ahora producto de un régimen de razón que monta un espacio de veridicción, es decir, de producción de unas verdades que configuran un saber, en correlato con el discurso del derecho. Se trata del mercado y de esa racionalidad que lo piensa, lo diseña, lo establece y se lo juega. Se trata del liberalismo, entendido además, como punto de partida de la autolimitación de la gubernamentalidad ya referida; como nuevo tipo de racionalidad gubernamental y, más allá, práctica y relación social que enmarca los tiempos contemporáneos: Crisol del *homo oeconomicus*. Al respecto Foucault nos plantea:

Pero me parece que el análisis de la biopolítica sólo puede hacerse cuando se ha comprendido el régimen general de esa razón gubernamental de la que les hablo, ese régimen general que podemos llamar cuestión de la verdad, primeramente de la

verdad económica dentro de la razón gubernamental; y por ende, si se comprende con claridad de qué se trata en ese régimen que es el liberalismo, opuesto a la razón de Estado —o que, antes bien, (la) modifica de manera fundamental sin cuestionar quizá sus fundamentos—, una vez que se sepa qué es ese régimen gubernamental denominado liberalismo, se podrá [...] captar qué es la biopolítica. (2008, p. 41)

A partir de este punto, la Razón de Estado tendrá un vínculo estrecho con la Economía Política y un lugar de jurisdicción y de verdad que es el mercado. Desde aquí, el biopoder ubicado desde el Estado se preguntará cuánto, cómo, hasta dónde y hasta quién será posible gobernar; si se debe gobernar mucho o gobernar poco y cómo es posible que el mercado, en sí mismo, en su dinámica, en su comportamiento, prescriba, determine, defina, la cantidad de poder ejercida desde el gobierno del territorio y de su población.

El marco histórico de este despliegue lo propiciará toda la historia del capitalismo, en tanto estructura lógica de unas relaciones y de unas prácticas económicas y sociales. El marco filosófico y doctrinario estará sustentado por el liberalismo y por las contingencias y coyunturas, también de cuño histórico, a partir de las cuales emerge su revisión bajo la nominación de Neoliberalismo, bien, bajo el tipo o modelo alemán de la llamada “Escuela de Friburgo”, o bien bajo el modelo norteamericano de la “Escuela de Chicago”.

Así, el territorio será espacio de la libertad, pero de una libertad ocupada de la circulación de mercancías, de bienes, de flujos de capital. La libertad para sí y para los otros estará determinada por los límites y los alcances metodológicos, vigilados, regulados y controlados a partir del denominado «**laisseferismo**» (*Laissez faire, laissez passer: dejar hacer, dejar pasar*). En el territorio discurrirán y se harán ley allí, donde y cuando, favorezcan la verdad tajante e irrefutable del gran punto de anclaje de esta lógica: el cálculo de la utilidad y el valor de las cosas... incluso de los sujetos.

3. El Cuerpo; de la traza de las disciplinas a la regulación de las in-seguridades.

“El cuerpo: superficie de inscripción de los sucesos, lugar de disociación del yo, volumen en perpetuo derrumbamiento. La genealogía como el análisis de la procedencia, se encuentra por tanto en la articulación del cuerpo y de la historia”

Michel Foucault. De Nietzsche, la genealogía, la historia.

El cuerpo es también territorio. La traza que lo habla y desde la que es hablado se mueve en el continuo histórico de las prácticas sociales y de los ámbitos culturales. El cuerpo es la simiente de identidad de la especie humana, es el espejo que nos configura una autoimagen en y con respecto a los otros. Es territorio, en la medida en que lenguajes, narrativas, relatos, mitos, saberes, disciplinas, teorías, terapéuticas, ciencias, le han dado soporte, sustento, disección, cartografía, cura, transformación, valor, etc. La existencia humana individual y colectiva discurre en una continua relación del cuerpo con el mundo y viceversa. En este caso es preciso denotar una importancia significativa del asunto del cuerpo en occidente; vale aquí traer las palabras de David Le Breton en su texto *Antropología del cuerpo y modernidad*:

Las concepciones del cuerpo son tributarias de las concepciones de la persona. Así, muchas sociedades no distinguen entre el hombre y el cuerpo como lo hace el modo dualista al que está tan acostumbrada la sociedad occidental. En las sociedades tradicionales el cuerpo no se distingue de la persona. Las materias primas que componen el espesor del hombre son las mismas que dan consistencia al cosmos, a la naturaleza [...] El cuerpo moderno pertenece a un orden diferente. Implica la ruptura del sujeto con los otros (una estructura social de tipo individualista), con el cosmos (las materias primas que componen el cuerpo no encuentran ninguna correspondencia en otra parte), consigo mismo (poseer un cuerpo más que ser su cuerpo). El cuerpo occidental es el lugar de la cesura, el recinto objetivo de la soberanía del ego. Es la parte indivisible del sujeto,

el «factor de individuación» (E. Durkheim) en colectividades en las que la división social es la regla. (2002, p. 8)

Al tomar este balance, se plantea un hecho paradójico: de un lado, el cuerpo se asume en la sociedad occidental moderna como un signo inequívoco del individuo en cuanto a su particularidad, a su relación con los demás y a las relaciones de poder que entabla en el otro gran cuerpo que es lo social. Por otra parte, nos presenta todavía una división, una disyunción, por el peso del dualismo que se cierne sobre la esencia de la concepción del hombre. Noción que campea y se ejemplifica en todos los tipos de omisión de la existencia como fundamentalmente corporal.

En este sentido, y siguiendo con el orden de la instancia del cuerpo, nos encontramos con un análisis que permite discernir su constitución al nivel del discurso que es soporte de las disciplinas y de los saberes institucionales. Así, al proponer el análisis de una economía del poder en términos del establecimiento de unas tecnologías de la seguridad, emergen como su correlato los dispositivos de seguridad en los que se disponen tres engranajes complementarios aunque opuestos. De esta manera, si la soberanía se ejerce en los límites de un territorio, la seguridad sobre el conjunto de la población, entonces la disciplina será ejercida sobre el cuerpo de los individuos. Hasta aquí, la forma esquemática de la gubernamentalidad opera idealmente, pero no es tal, debido a que ésta se enfrenta a un elemento: las multiplicidades a nivel de los individuos, de los pueblos, de los grupos humanos.

De ahí que, en la consolidación de una racionalidad gubernamental agenciada desde las prerrogativas del mercado y establecida como programa por mercantilistas y fisiócratas, emerge una noción que omitirá la presencia de la multiplicidad y su esencia compleja, se trata de la noción de población². Aquí, para el biopoder, la multiplicidad

2 Es importante remitir a la clase del 25 de enero de 1978 en el texto Seguridad, Territorio, Población (2008, ps. 100 a 108), donde Foucault realiza una reflexión completa acerca de la noción de Población, en relación con el biopoder y la biopolítica.

de los individuos no es relevante, se puede hacer a un lado. Es de más importancia pensar en términos de población en tanto sujeto jurídico, político y económico. Si los pueblos, las tribus, las hordas provocan desarreglos y conjuras, las poblaciones serán conglomerados gobernables a todo nivel. Para ello es que se monta toda una estructura de dispositivos de seguridad, establecidos en la diferencia complementaria entre la disciplina y la seguridad, que es preciso retomar:

- La disciplina es centrípeta, concentra, encierra; económicamente encaja con el proteccionismo, no deja escapar nada, es policial, todo lo señala, nada se libra de ella, determina lo prohibido y lo permitido a nivel de la ley jurídica; es una tecnología negativa en su codificación. Define qué le corresponde a cada uno en relación con lo obligatorio. Normaliza, clasifica, cuadricula, perfila, adiestra los cuerpos y los ubica en una funcionalidad. Permite deslindar entre aptos e ineptos o incapaces, entre normales y anormales, a partir de procedimientos que son progresivos y permiten el control. Se centra en la norma y en el proceso de normalización. Traza los cuerpos, los moldea, les proporciona una función en relación con un engranaje, con una lógica de relaciones a cualquier nivel. Se emplaza como una anatomopolítica de los cuerpos.
- La seguridad emana de dispositivos centrífugos, está integrada a los circuitos de la producción, la psicología y los comportamientos de los sujetos del mercado, tanto de productores como de consumidores, de todas sus transacciones, en el nivel externo e interno de un territorio. La seguridad, como dispositivo, preocupación y procedimiento se integra a nivel del mercado mundial. La seguridad deja hacer al presentar un amplio margen de permisividad, pues le es indispensable. Adopta un punto de vista de acontecimientos en cuanto son deseables o indeseables. No prohíbe tajantemente, sino que regula y controla. Controla los cuerpos, los lanza en un flujo constante, en un continuo de producción, distribución y consumo, cuya circularidad está mediada por la posesión de capital o por la disposición como

capital. Las relaciones entre cuerpos se establecerán en términos de una seguridad que garantice la circulación permanente y los regula a través de una estrategia biopolítica de población.

Ahora bien, el cuerpo, los cuerpos, los individuos que los constituyen o son constituidos por éste, por éstos, al discurrir en el escenario que ve la emergencia de la biopolítica, presentaran como uno de sus rasgos el ser producidos, producirse y producir al nivel del *homo œconomicus* que en el contexto contemporáneo, en términos de la sociedad regulada por el mercado, tal y como la piensan las corrientes neoliberales, serán pensados en términos no tanto de intercambios mercantiles, como si de mecanismos de competencia, este *homo œconomicus* se intentará reconstituir no como el hombre del intercambio, no como el consumidor, sino como el hombre de la empresa y de la producción. Así, de las tecnologías políticas del cuerpo, centradas en materializar la metáfora del hombre-máquina conectado al gran dispositivo de la producción y el acoplamiento al gran aparato social gobernado por el Estado, se pasa a una redimensión de su esencia:

Yo diría que, en algún sentido el neoliberalismo aparece [...] como el retorno al *homo œconomicus*. Es cierto, aunque verán que lo es con un desplazamiento considerable, porque ¿qué es ese hombre económico en la concepción clásica del *homo œconomicus*? Pues bien, es el hombre del intercambio, el socio, uno de los socios en el proceso del intercambio. Y este *homo œconomicus* socio del intercambio implica, claro está, un análisis de su esencia, una descomposición de sus comportamientos y maneras de actuar en términos de utilidad que se refieren, por supuesto, a una problemática de las necesidades, ya que a partir de éstas podrá caracterizarse o definirse, o en todo caso podrá fundarse, una utilidad que introducirá el proceso del intercambio [...] En el neoliberalismo también vamos a encontrar una teoría del *homo œconomicus*, pero en este no es en absoluto un socio del intercambio. El *homo œconomicus* es un empresario, y un empresario de sí mismo... que es su propio capital, su propio productor, la fuente de (sus) ingresos. (Foucault, 2008, p. 264)

En este sentido, el sujeto en proceso estará constituido como productor y consumidor simultáneo, emerge como factor del capital en sí, como recurso humano, pertinente en los análisis y las políticas emanadas del biopoder y cuyo interés central se ubicará no necesariamente a nivel de la posesión o configuración para el individuo de un cuerpo, sino además de la constitución genética del mismo: ámbito de los saberes que se centran en las iniciativas eugenésicas, que buscan los filtros destinados al mejoramiento del capital humano de los individuos. Pero, este recurso se debe formar a otro nivel, es el de la educación. Ésta será vista como una inversión significativa, así como también los asuntos de la salud pública y la higiene; los de la movilidad y la migración como posibilidad de la apertura de los mercados que haga viable el desarrollo.

Por otra parte, el *homo œconomicus* pasará a tener una conexión con el *homo penalis* en la medida en que permitirá un ajuste entre la economía y la práctica de la justicia, que derivará en la consecución de un *homo criminalis*, en la medida en que el factor de utilidad se abre un espacio en el derecho como parte de un cálculo. Se pondrá en cuestión un doble sentido: si se considera como crimen todo acto que esté penalizado por la ley, de manera objetiva para la visión del juez. Para los neoliberales el punto de vista cambia, pues cualquier infracción ante la ley estará tasada en términos de una oferta de crimen:

En consecuencia, la buena política penal no apunta de ningún modo a una extinción del crimen, sino a un equilibrio entre curvas de oferta del crimen y demanda negativa. O bien: la sociedad no tiene una necesidad indefinida de conformidad. La sociedad no tiene necesidad de obedecer a un sistema disciplinario exhaustivo. Una sociedad está cómoda con cierto índice de ilegalidad y estaría muy mal si quisiera reducirlo indefinidamente. (Foucault, 2008, p. 298)

Es así como, se presentan para la sociedad, los fenómenos tan variados de la penalización y de la despenalización, de prácticas y conductas, que atañen de manera directa a la forma como se conducen o se gobiernan

los cuerpos, remisión al problema del consumo de drogas, al ejercicio del sexo en todas sus tendencias y variedades, a la ejecución de acciones que interrumpen la vida o la idea de vida humana que se tenga y, en fin, a todas las acciones del conjunto de lo que, en palabras de Foucault, consideraríamos además, en el ámbito de las contraconductas y de las disidencias. Allí, la tasación de la ley penal, del ámbito jurídico, estará mediada por lógicas de mercado que miden el quantum del delito, del crimen o de la mera infracción. El castigo, la sanción, la penalización, estarán medidas en términos de transacción y pago de deudas:

Se pasará entonces al plano del sujeto individual considerándolo como homo oeconomicus, con esta consecuencia: si el crimen se define como la acción cometida por un individuo al correr el riesgo de ser castigado por la ley, verán que no hay entonces ninguna diferencia entre una infracción al código de circulación y un asesinato premeditado. Esto quiere decir asimismo que el criminal, según esta perspectiva, no está marcado ni es interrogado en absoluto sobre la base de rasgos morales o antropológicos. El criminal es cualquier hijo de vecino. Es una persona cualquiera o, en fin, se lo trata como a cualquier otra persona que invierte en una acción, espera de ella una ganancia y acepta el riesgo de una pérdida. (Foucault, 2008, p. 293)

En esta medida, el cuerpo se situará en un orden ya no del sacrificio ritual o del lugar de lo sacro, del castigo ejemplar o del goce desmedido y carnavalesco; de la gesta heroica o del crimen singular y pintoresco agenciado por una subjetividad infame y desbordada. Sino que el cuerpo ocupará los lugares del agenciamiento, de la producción, del emprendimiento, de la meritocracia, de la eficiencia competitiva. Más allá, se inscribirá, y lo hará para el individuo en la lógica que lo conduce desde las disciplinas, hacia el lugar de una seguridad incierta cifrada por la deuda, a partir de la cual, el cálculo del biopoder, de la biopolítica que le legitima, estribará en como conmutar la utilidad de la acción del sujeto a través de toda una estructura que no busca la prohibición tajante, sino el despliegue de un goce controlado o de una conducta regulada.

4. El Deseo: motor de los intereses y desasosiego de las almas.

“¿Tiembles esqueleto? [...] Más temblarías si supieses a donde te llevo [...]”

Frase de combate de Turena citado por Nietzsche en la “Gaya Ciencia”

En el territorio, en cualquiera que sea: la ciudad o el mercado, el deseo es la marca, es el crisol de la subjetividad. Al nivel de la gubernamentalidad, en los momentos en que se configuran los principios de la llamada Razón de Estado, cuando para los fisiócratas emerge la población como un nuevo sujeto del cálculo racional del gobierno, estos tendrán claro el hecho de que esta población estará compuesta de una multiplicidad de individuos cuyos intereses dejan entrever el tamaño de la complejidad de lo poblacional, lo cual plantea que este factor es una invariante, un elemento imprevisible, cuyo motor de acción es el deseo:

El deseo —vieja noción que había hecho su entrada y se utilizaba en la dirección de la conciencia [...]— reaparece ahora en las técnicas de poder y gobierno. El deseo es el elemento que va a impulsar la acción de todos los individuos. Y contra él no se puede hacer nada [...] Pero —y aquí la naturalidad del deseo marca la población y la técnica gubernamental puede penetrarlo— ese deseo, [...] es tal que, si se lo deja actuar y siempre que se lo deje actuar, dentro de determinados límites y en virtud de una serie de relaciones y conexiones, redundará en suma en el interés general de la población. El deseo es la búsqueda del interés para el individuo. (Foucault, 2006, p. 96)

El deseo se convierte en un elemento teórico importante en relación con el montaje de un sistema que, basado en el mercado o, mejor, sustentado por éste, presentará a la seguridad como un elemento garante de la circulación y la acumulación a todo nivel, y al deseo como el factor de una búsqueda de intereses inscrita en un juego espontáneo, calculado, engañoso, en cuanto al interés personal del individuo, pero productor

de un interés colectivo que pone en evidencia, tanto la naturalidad de la población, como la artificialidad de los medios, las técnicas y las tecnologías, destinadas a proveer la instrumentalidad y los dispositivos que manejarán el monto de sus impulsos.

Si en tiempos del soberano y su soberanía súbdita, la lógica del deseo pasaba por el no rotundo y erigido como tabú, prohibición, límite a la acción deseante del sujeto. En los tiempos de la gubernamentalidad y del gobierno de las poblaciones, el objetivo de la economía política, como racionalidad propia del biopoder, será calcular y saber cómo decir sí a ese deseo emanado de la población. El asunto central será cómo estimular ese deseo y cómo ese deseo, a su vez, permitirá producir para el gran lugar de la verdad que alimenta: el mercado.

Si el cuerpo es también un territorio constituido, y constituyente a su vez, el deseo se juega allí como motor de volición, como instancia de la voluntad, como el empuje de una falta que pretende ser completada. Deseo y subjetividad colindan como correlatos de un mismo fuero y de una incógnita a nivel del individuo, a nivel del sujeto que, en su dimensión colectiva, había sido cantada en otros tiempos o esferas de acción, como el enigma y el misterio, como la manía y el mito que mira a esa dimensión todavía innombrable de lo real, situado al nivel de la materia, de lo orgánico de lo genésico. Deseo y subjetividad en relación con el cuerpo, se presentarán como el motor y la máquina que agenciará todo tipo de discursos, desde la incitación clerical a decir del sexo y sus prácticas a todo nivel, hasta las tecnologías del encierro y la punición. Discursos frente a los que la memoria, en tanto narrativa del deseo, encauzará la conducta obediente o las contraconductas insumisas y disidentes.

Así, el cuerpo del deseo se mira especularmente en el deseo de un cuerpo allí donde el individuo de nuestro tiempo se apresta siempre a discurrir en el escenario de un mundo establecido como sociedad del entretenimiento, del espectáculo, de la pasarela; de un mercado que exacerba los imaginarios del consumo destinado a conquistar

los deseos que se suponen como simiente de lo más íntimo de sí. Es oportuno retomar estas palabras de Le Breton:

Desde fines de los años sesenta, y con una extensión cada vez mayor, surge un nuevo imaginario del cuerpo que conquista prácticas y discursos hasta entonces inéditos. Luego de un tiempo de represión y de discreción, el cuerpo se impone, hoy, como un tema predilecto del discurso social, lugar geométrico de la reconquista de uno mismo, territorio a explorar, indefinidamente al acecho de las incontables sensaciones que oculta, lugar del enfrentamiento buscado con el entorno, gracias al esfuerzo o a la habilidad; lugar privilegiado del bienestar o del buen parecido. (2002, p. 151)

Esta preeminencia del cuerpo como lugar del despliegue del deseo, contrasta y se articula con el mecanismo esencial de la sociedad liberal en la que nos desenvolvemos, un mecanismo que arbitrará constantemente la libertad y la seguridad de todos los individuos al nivel de la noción de peligro. El liberalismo manipula los intereses, los gobierna y, al mismo tiempo, administra los peligros a través de un juego que permite calcular los riesgos de la población y las poblaciones de y en riesgo. Tal y como la afirma Foucault (2008, p. 86): “[...] la divisa del liberalismo es “vivir peligrosamente” [...] No hay liberalismo sin cultura del peligro”.

De esta manera, el cuerpo estará enfrentado a sí mismo, a sus propios deseos, aquellos que lo llevarán a donde no sabe, pero allí donde se quiere o se desea. El cuerpo del sujeto, como individuo, se establecerá y se emplazará frente a una exterioridad propiciadora del bienestar y de los goces sublimes y seguros de un placer permanente físico e incluso virtual, pero corporalizado. Y por otro lado, estará amenazado por tal cantidad de riesgos y potenciales peligros, que, el miedo será factor determinante de la medición de intereses. Un miedo como correlato del deseo y como imposibilidad no sólo de controlar el afuera, sino además de gobernar sobre sí. Mucho más, de gobernar aquello de sí

que empuja indómito y que se hace acto allí donde la razón pierde su gubernamentalidad personal o colectiva.

El mandato de la racionalidad liberal o neoliberal a la hora de plantear los principios de un buen gobierno de los vivos se centrará en la posibilidad o imposibilidad de prescribir hasta dónde y cómo gobernar los deseos y, por supuesto, las subjetividades. El ámbito pedagógico de este lugar de saber es el de proveer de una doctrina capaz de permitir a cada cual gobernar sobre sí, gobernar su propia vida, gestionarse como empresa, emprender-se en el propio desarrollo.

No obstante, este mandato es sordo y miope ante un deseo que habita un cuerpo destinado también a la enfermedad, al deterioro a la negación de sí. Destinado a configurarse en un cuerpo-otro por las prótesis y los mecanismos, por la cultura médica, mediática y estética que propone y estimula sus reformas de manera constante.

Este mandato, simplemente, incita a que ello circule, aún cuando el deseo que habita un cuerpo, ve como su alma se cifra en esa piel y, de manera indiscutible atiende al desasosiego de una muerte inevitable, de un lugar de obsolescencia radical, de un final que deja y despoja a la palabra que desea, de su territorio: la ilusión de perennidad en lo corporal de la carne. De aquí que, en el cuerpo también se opera una desterritorialización, en la medida en que el sujeto busca colmar su deseo más allá de sí y como si buscara “la vida que está en otra parte” (parafraseando el título de la novela de Milan Kundera), ni qué decir en este caso de lo que se genera al nivel de los grupos, de las colectividades, de los pueblos.



Referencias

- Foucault, Michel (2008). *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France: 1978-1979*. 1ª ed., 1ª reimpr. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2006). *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France: 1977-1978*. 1ª ed. – Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2006). *Defender la sociedad: Curso en el Collège de France: 1975-1976*. 3ª reimpr. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (1991). *Historia de la Sexualidad 1: La Voluntad de Saber*. 18ª ed. – México: Siglo XXI Editores.
- Le Breton, David (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. -1ª ed. -2ª reimpr. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Wolfe, Tom (1989). *La hoguera de las vanidades*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Deleuze, Gilles. (1991). *Post-scriptum: sobre las sociedades de control*. Recuperado el 1º de junio de 2009 de www.revistapolis.el/polis%20final/13/doc/dele.doc
- Foucault, Michel. (1988). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Recuperado el 1º de junio de 2009 de <http://librosgratisweb.com/pdf/foucault-michael/nietzsche-la-genealogia-y-la-historia-pdf>